UCA
Pontificia Universidad Católica Argentina
Biblioteca digital
de la Universidad Catolica Argentina

Adur, Lucas Martín

¿De qué puede servirme que aquel hombre haya sufrido, si yo sufro ahora? : la sustitución vicaria y tres novelas de Camus

III Jornadas : Diálogos entre Literatura, Estética y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.
La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Adur, Lucas Martín. "¿De qué puede servirme que aquel hombre haya sufrido, si yo sufro ahora?: la sustitución vicaria y tres novelas de Camus." Ponencia presentada en las III Jornadas Diálogos entre Literatura, Estética y Teología: Lenguajes de Dios para el siglo XXI, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina. Buenos Aires, 2007. [Fecha de consulta] <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/de-que-puede-servirme.pdf>

(Se recomienda ingresar la fecha de consulta antes de la dirección URL. Ej: 22 oct. 2010).

¿De qué puede servirme que aquel hombre haya sufrido, si yo sufro ahora?
La sustitución vicaria y tres novelas de Camus

Albert Camus (Argelia 1913 - Francia 1960), fue sin duda uno de los intelectuales y escritores de lengua francesa más importantes del siglo XX. Más allá de su fe o falta de fe personal[1], la preocupación religiosa (en muchos casos formulada en términos específicamente cristianos[2]) atraviesa la mayor parte de su obra. Desde su literatura Camus, plantea con claridad y belleza algunos de los grandes temas del hombre (que son también, por eso mismo, grandes temas del cristianismo). Ya Charles Moeller y Hans Urs von Baltasar dieron a este autor un lugar privilegiado en sus reflexiones sobre el diálogo entre fe y cultura. Nuestro aporte será aquí muy acotado. Partiremos de un concepto teológico, la sustitución vicaria, e intentaremos relacionarlo con algunas obras de Camus. Por requerimientos del género ponencia, optaremos por una lectura "extensiva", que funcione como una primera aproximación a nuestro tema en varios textos, quedando para otras presentaciones abordajes más exhaustivos

No se trata desde luego solo de "descubrir" la presencia de la sustitución vicaria en la producción del autor sino de observar, en tres de sus principales novelas (*El extranjero, La peste y La caída),* una formulación literaria del problema, una nueva manera de decirlo que es, también y desde luego, un decir algo nuevo.

***Este es mi cuerpo que se entrega por ustedes:* la sustitución vicaria**

Definamos en primer lugar y muy brevemente qué entendemos por sustitución vicaria. Comenzaremos por la presentación del tema que hace Navarro[3]:

"Sustitución vicaria" es un concepto teológico (generalmente aplicado a Cristo, aunque no exclusivamente) que significa que alguien hace algo "por mí" que le implica un sufrimiento que él no merece sino yo. También *casi* significa: "en vez de mí"; pero como el teólogo suizo von Balthasar no se cansará de decir, esto es impensable "sin mí": no se trata sólo de un asunto formal o legal, como si otro se hiciera cargo de una deuda monetaria que yo he contraído y la pagara como un favor. Se trata de otra cosa, de algo interior y personal, "adeudado" a Dios; no de un objeto externo, sino de una culpa que me implica. Pero ¿qué puede significar entonces aquí que "alguien

[1] Nos centraremos aquí en un abordaje de la obra sin detenernos en el problema de la fe personal del autor. Para un estudio atento a este tema y con especial atención al diálogo de Camus con los cristianos de su época ver "Albert Camus o la honradez desesperada" en Moeller:1966).
[2] Además de lo que intentaremos plantear aquí acerca de la sustitución vicaria, podemos mencionar a modo de ejemplo el "problema de la santidad". Para un estudio sobre este tema (que ha sido una gran inspiración para nuestro trabajo) cfr. Navarro:2003
[3] En *Últimas Inquisiciones* (en proceso de edición).

obra por mí"? (…) el hombre, a causa de su pecado (no importa mucho aquí si el heredado de los primeros padres o uno personal) se ha desgajado de Dios y debe reparar su falta para reconciliarse con Él. A la vez, el hombre es inconmensurable con Dios y carece de la capacidad para esta empresa. (Hans von Balthasar, siempre en el ámbito de la analogía teatral, dirá que no hay quien sea "digno *partenaire* de Dios"). En su infinita misericordia y sabiduría, Dios decide intervenir. Entonces se encarna en Jesús de Nazareth, lo cual hace posible que Dios realice la obra pero que ella sea hecha a la vez por el hombre.

Podemos decir que una formulación de lo que hoy entendemos por sustitución vicaria aparece en los Evangelios, en las palabras de Jesús durante la última cena: "Esto es mi Cuerpo que se entrega **por ustedes**" (Lc 22, 19-20, ver también Mt 26 26-29 y Mc 14 22-25). Aparecerá, de forma algo más desarrollada en las cartas de Pablo. El apóstol comenzará por afirmar que existe una realidad de pecado universal: **"No hay ningún justo, ni siquiera uno"** (Romanos 3, 10-11). Veremos luego un reflejo de esto en Camus. El pecado es una realidad que involucra a todos los hombres. Pero del mismo modo, mediante Cristo, será universal la redención: "Así como todos mueren en Adán, así también todos revivirán en Cristo" (1Cor 15, 22). Para realizar esta redención, que, como dijimos, es hecha en lugar de todos los hombres, pero sin excluirlos, Dios primero debe hacerse hombre.

"En consecuencia, **debió hacerse semejante en todo a sus hermanos**, para llegar a ser un Sumo Sacerdote misericordioso y fiel en el servicio de Dios a fin de expiar los pecados del pueblo. Y por haber experimentado personalmente la prueba y el sufrimiento, él puede ayudar a aquellos que están sometidos a la prueba" (Hebreos 2, 17).

Esta redención universal se realizará una vez y para siempre en Cristo: "Él canceló el acta de condenación que nos era contraria, con todas sus cláusulas, y la hizo desaparecer clavándola en la cruz" (Col 2, 14).

Ahora bien, como señala Navarro, la sustitución vicaria se aplica principal, pero no exclusivamente a Cristo. A partir del "espacio" inaugurado por Cristo, e identificándose con Él, otros pueden encontrar sentido en su dolor, al ofrecerlo por amor a los demás. Así San Pablo dirá: "Ahora me alegro de los padecimientos que soporto por ustedes, y completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, a favor de su Cuerpo que es la Iglesia..." (Col. 1, 24). Aquí están, en San Pablo, las dos cosas: el sufrimiento aceptado en favor de todos y la esperanza también en favor de todos.

Esta escueta presentación no pretende ser exhaustiva ni demasiado técnica, sino únicamente brindarnos elementos para pensar cómo pueden funcionar algunas de estas

ideas (la existencia de una culpa original que necesita ser redimida, la posibilidad de un sentido en el dolor) en la obra de Albert Camus.

El extranjero (1942)

Comenzaremos por esta novela publicada en 1942, perteneciente al "ciclo del absurdo"[4], que constituye una afirmación casi gozosa de la ausencia de sentido. Para Meursault, el protagonista de la novela, Dios no solo no existe sino que es "una cuestión sin importancia", (147).

Nada parecido a la sustitución vicaria parece tener un lugar aquí. Sin embargo, en un comentario posterior al texto, el propio Camus introduce para *El extranjero*, una clave que podría acercarnos a nuestro tema. En su prefacio a la edición americana de 1955 sostiene:

"No se engañaría quien leyera *El extranjero* como la historia de un hombre que, sin actitud heroica, acepta morir por la verdad. Podría decir, siempre paradojalmente, que quise tratar de representar en mi personaje al único cristo que nos merecemos" (Camus:1982).

Muchos críticos, coincidiendo con este comentario del autor, consideran a Mersault como una suerte de mártir que muere por su pasión por la verdad (cfr. por ejemplo Blanchot: 1977). Pero con Vargas Llosa (1992), creemos que ésta interpretación fuerza el texto. Puede atribuirse a la maestría con que Camus escribe la segunda parte de la novela: lo injusto del proceso contra Mersault nos lleva, casi irreflexivamente, a considerarlo inocente.

Sin embargo, como señala O`Brien (1973), pensar en Mersault como un héroe de la verdad, atenta contra el sentido común. Mersault miente al escribir la carta y al dar testimonio por Raimundo. No es un héroe ni un mártir. No muere por nadie ni nada más que por él. Se niega toda posibilidad de una solidaridad o identificación en el dolor. Cuando un sacerdote intenta tranquilizar al protagonista en su encierro afirmando que "todos estamos condenados a muerte", Meursault le responde que eso no es en ningún caso un consuelo (148) El sentimiento que prima en Meursault es radicalmente opuesto a la identidad con los que sufren. Tal vez la característica principal de este personaje sea su indiferencia, "mostrada" en toda la novela y manifestada explícitamente hacia el final:

[4] Camus se propuso abordar distintos temas con una suerte de tríptico: dramático, filosófico y literario. Al ciclo del absurdo corresponden un ensayo (*El mito de Sísifo)*, dos obras de teatro *(Calígula y El malentendido*) y esta novela

“¡Qué me importaban la muerte de los otros, el amor de una madre! (153), “[el mundo] me era ahora para siempre indiferente” (154).

En esta novela y en las restantes obras del ciclo del absurdo sería difícil encontrar figuraciones cristianas, ni siquiera del “cristo que nos merecemos”. Esto de ningún modo nos permite prescindir de ella. *El extranjero* es uno de los puntos más altos de la producción de Camus, además de una de sus obras de mayor repercusión (cfr Barthes: 2003). Para nuestro trabajo interesa en varios sentidos. En primer lugar, constituye justamente una negación de la sustitución vicaria, lo cual es, sin duda,uno de los modos posibles de abordar este tema. Por otra parte, considerando la seriedad y honestidad con que Camus aborda todos los asuntos (Moeller habla a propósito de este autor de una “honradez desesperada”[5]), no nos parece de menor importancia observar que la solidaridad en el dolor no es una premisa que se acepte irreflexivamente. La afirmación de que “en el hombre hay más cosas dignas de admiración que de desprecio”, con la que culmina *La peste*, alcanza resonancias mucho más profundas si uno sigue el proceso de un autor que ha intentado desde el principio “ver claro” y profundo en la realidad humana. Si el panorama aparece sombrío, allí está *El extranjero* como testimonio. Pero éste no será un punto de llegada. En palabras de Camus*:* “Metido en lo más oscuro de nuestro nihilismo, sólo he buscado motivos para superarlo” (*El verano*, 169). Nos detendremos ahora en *La peste* donde la identidad en el dolor va tomando gradualmente la forma de una posibilidad de salvación

La peste (1947): una sustitución vicaria inmanente[6]

Más allá de funcionar, a un nivel literal, como la crónica de una epidemia en la ciudad de Orán, *La peste* tiene, y esto queda muy claro en el final de la novela, resonancias mucho más amplias y una evidente carga simbólica.

La peste se plantea casi desde el principio como algo que involucra a todos los hombres. Es “cosa de todos” (113), “Desde el punto de vista superior de la peste, todo el mundo…estaba condenado” (142). Se trata de una realidad de dolor y muerte (podemos

[5]Cfr. También Navarro (en proceso de edición): “Uno de los desafíos más grandes que presenta la obra de Camus en general es la necesidad profunda que en ella se expresa de aceptar la totalidad de la realidad, de *verla*, sin negar en lo más mínimo ninguno de sus aspectos, por más contradictorios o contrapuestos que estos parezcan o sean realmente.”

[6] Para el análisis de esta novela nos hemos servido profusamente de Navarro (2003)

recordar aquí las palabras de Pablo ya citadas) que atañe a todos los hombres. Aún los que en principio se declaraban ajenos, como Rambert, comprenderán pronto que esta enfermedad los alcanza a todos y deben hacerle frente juntos.

¿Cuál es la respuesta a esta condena universal? No puede tratarse de una acción "vertical" de un Dios que, desde arriba y sin involucrarse, soluciona mágicamente el problema. ¿Debemos entonces sostener con Rieux que "Dios permanece callado" o afirmar con el sacerdote Paneloux que Dios "quiere" el dolor humano?

Si hay una respuesta, está deberá surgir, siguiendo la lógica de Camus, del mismo mundo que el texto trata de describir. No de una fuerza exterior y ajena al problema que afecta a todos sino de alguien que pueda, asumiendo el dolor de los demás, trabajar para redimirlo. La sustitución vicaria no es aquí un concepto al que el autor apela para resolver su novela. Es una figura viviente, la de Cristo, que está resonando en ella, con la que pueden **configurarse**, en ciertas situaciones algún(os) personaje(s).

Podemos observar esto en una de las escenas claves de la novela: la agonía del niño. Éste es representado como "un crucificado grotesco" (178). Y su dolor, como símbolo del de todos los hombres:

> "la boca se abrió de pronto, dejando escapar un solo grito sostenido que la respiración apenas alteraba y que llenó la sala con una protesta monótona, discorde y tan poco humana que parecía venir de todos los hombres a la vez"(180).

Además, en este chico se está probando un suero que puede servir para curar a los demás enfermos. Su sufrimiento puede tener sentido para muchos otros (recordemos nuevamente a Pablo).

En el momento de la agonía, será el doctor Rieux quien recoja en sí todo ese dolor, identificándose con el niño: "Se identificaba entonces con el niño supliciado y procuraba sostenerlo con toda su fuerza todavía intacta" (179). Ante la muerte de este inocente, el Dios de Paneloux no parece ser una respuesta. Es mejor, como afirma Rieux ser ateo de *ese* Dios[7]: "acaso es mejor para Dios que uno no crea en él y que luche con todas sus fuerzas para la muerte, sin levantar los ojos al cielo donde Él está callado" (110).

---

[7] Moeller considera que esta rebelión ante las explicaciones que intentan silenciar el dolor, en nombre de cualquier otra cosa es característica de Camus: "Su rebeldía no es rechazamiento de un Dios conocido por otra parte y cuya creación se rehusaría, sino **desconfianza** de una sensibilidad norteafricana, altiva e intensa**, ante la palabrería que, so color de respuesta definitiva, volatilizaría el verdadero dolor sensible, en provecho de un problemático, y sin duda engañoso, "futuro mejor**" (63)

La única respuesta posible estará **encarnada** en el mismo Rieux, el médico que conociendo profunda y personalmente la realidad de la enfermedad[8], dedica todos sus esfuerzos a combatirla. Creemos que en este personaje se juegan algunos elementos que hemos mencionado al hablar de la sustitución vicaria: un mal compartido por todos, la solidaridad en el dolor de los hombres y la posibilidad de, mediante alguien que asuma ese dolor, redimir. La figura que encarna estos elementos es, como dijimos, Rieux, el verdadero médico. En un momento de la novela, Tarrou declara que existen en el mundo las plagas y las víctimas. Agrega luego:

> Claro que tiene que haber una tercera categoría: **la de los verdaderos médicos**, pero de estos no se encuentran muchos porque debe ser muy difícil. Por esto decido ponerme del lado de las víctimas para evitar estragos. Entre ellas, por lo menos, puedo ir viendo cómo se llega a la tercera categoría, es decir, a la paz. (211)

Mediante esta categoría de los "verdaderos médicos"[9] Camus propone una suerte de **versión inmanente de la sustitución vicaria**. A diferencia de lo que se planteaba en *El extranjero*, se tienden aquí lazos entre el sufrimiento de los hombres y se abre a partir de ahí, una posibilidad de redención, aunque sea sin la intervención divina.

Si entendemos a Dios del modo en que lo presenta Paneloux, un Dios absolutamente distante e indiferente al dolor humano, no hay diálogo posible. Pero si recordamos lo que hemos dicho acerca de la sustitución vicaria, podemos pensar el vínculo entre dos figuras: la de un redentor encarnado y la de Rieux, el verdadero médico. Alguien que puede identificarse con el dolor de los demás (como vimos en la escena del niño) y entregar su vida por la salvación del hombre, o al menos por su salud[10]. La vida de Rieux es aquí un testimonio de la de "todos los hombres que no pudiendo ser santos se niegan a admitir las plagas y se esfuerzan no obstante en ser médicos" (255). Alguien que, aun negando explícitamente la trascendencia, parece estar configurándose con Cristo ¿Un santo sin Dios?

---

[8]"Paneloux es un hombre de estudios. No ha visto morir bastante a la gente, por eso habla en nombre de una verdad. Pero el último cura rural que haya oído la respiración de un moribundo pensará como yo. Se dedicará a socorrer las miserias más que a demostrar sus excelencias."

[9]No está de más recordar que "médico" fue justamente una de las figuras que Jesús eligió para hablar de sí mismo: "No son los sanos los que necesitan al médico, sino los que están mal" (Lc 24 31-32). Aquí queda claro que Cristo también hace su opción por los "apestados".

[10] "La salvación del hombre es una frase demasiado grande para mí. Yo no voy tan lejos. Es su salud lo que me interesa, su salud ante todo."(182)

"Amense los unos a los otros como yo los he amado": La Caída

La Caída (1956), última novela publicada en vida por Camus es la que trata más extensa y explícitamente el tema que nos interesa. En el *priere de inserer* publicado en la prensa francesa en esos años, Camus presentaba la novela con la siguiente reflexión: **"**¿Dónde comienza la confesión y dónde la acusación? ¿El hombre que habla en este libro se enjuicia a sí mismo o a toda su época?". Ya desde este comentario del autor nos acercamos a un elemento de la sustitución vicaria: en un hombre se subsume el juicio a toda la humanidad (o al menos a una generación). Efectivamente, el protagonista Jean Baptiste Clamence, primero hace el proceso sobre sí mismo, pero al hacerlo sobre sí implica simultáneamente al que lo escucha y, finalmente, a todos los hombres[11].

Nuevamente, tenemos como punto de partida, un mal que pesa sobre todos los hombres. Una culpa, que en esta novela cargada de referencias bíblicas, parece estar remitiendo a la caída, al pecado original: "no podemos afirmar la inocencia de nadie, en tanto que sí podemos afirmar con seguridad la culpabilidad de todos."(109)

Tras afirmar esta universalidad de la culpa, el protagonista se interrogará constantemente sobre la posibilidad de una redención, de algo que devuelva la pureza a los hombres. Esto lo llevará a una bella formulación de la noción de sustitución vicaria:

> "Mire usted, me hablaron de un hombre cuyo amigo estaba preso, y él, se acostaba todas las noches en el suelo para no gozar de una comodidad de que habían privado a aquel a quien él quería. ¿Quién, querido señor, quién se acostaría en el suelo por nosotros? ¿Si yo mismo soy capaz de hacerlo? Mire usted, quisiera ser capaz, seré capaz, sí, un día todos seremos capaces de hacerlo y entonces nos salvaremos" (35)

Estamos muy lejos aquí de la indiferencia absoluta de Mersault. El narrador parte de una anécdota muy concreta: un hombre se acuesta en el suelo por su amigo. Pero la pregunta que formula a continuación tiene un alcance mucho más general: ¿Quién se acostaría en el suelo por nosotros? ¿Quién podrá asumir nuestras culpas? Esto puede remitirnos a la pregunta que formulaba el doctor Rieux: ¿qué se ha respondido a la esperanza de los hombres? Como vimos, en *La peste* esta respuesta parece quedarse en un plano inmanente. En la solidaridad entre los apestados se encuentra la clave de la salvación. Un hombre, el médico, puede asumir en sí el dolor de los demás y trabajar para redimirlo.

Sin embargo esta respuesta no parece enteramente satisfactoria para Clamence. En *La caída* es algo que ha tocado a todos los hombres. No hay ningún justo, ni siquiera uno

[11]"Insensiblemente, paso en mi discurso del yo al nosotros… llego a declarar *Esto es lo que somos* (138)

parece concluir Clamence después de las múltiples experiencias que lo han conducido a la brumosa ciudad de Ámsterdam que él compara con uno de los círculos del infierno. La redención del hombre no puede ser asumida exclusivamente por el hombre. Dios es aquí necesario, o al menos "útil":

> …la única utilidad de Dios consistiría en garantizar la inocencia. Y yo concebiría la religión más bien como una gran empresa de limpieza; lo que, por lo demás fue, aunque brevemente… Desde entonces falta el jabón (111)

Pero hay algo que falta. Clamence se ocupa en señalar que la religión no es de ningún modo lo que debería ser. La novela en un tono irónico abunda en críticas al hombre contemporáneo, tanto al creyente como al no creyente[12] y particularmente a los que se dicen cristianos. Éstos sólo han comprendido la culpa y "únicamente creen en el pecado, nunca en la gracia" (134):

> Ellos condenan, no absuelven a nadie. En nombre del Señor, éstas son tus cuentas ¿Del Señor? Él no pedía tanto, amigo mío. El quería que lo amaran, nada más. Claro está que hay gentes que lo aman, aún entre los cristianos, pero puede contárselas con los dedos de la mano. (114)

Camus se ocupa entonces de enseñarles a los que lo han olvidado en qué consiste la sustitución vicaria, que el narrador considera un "rasgo genial" del cristianismo: "Vosotros no sois resplandecientes; eso es un hecho. Y bien, no vamos a contar cada detalle. Lo liquidaremos todo de un golpe, en la cruz" (114)[13]. ¿Cuál es entonces la respuesta a la pregunta de Clamence? ¿Quién se acostará en el suelo por nosotros?

Ciertamente en la novela quedan explícitamente descalificados por el narrador el Papa y la mayoría de los autodenominados cristianos. Como hemos dicho, esta tarea no puede ser asumida simplemente por un hombre. El protagonista ha hecho el intento y ha fracasado de un modo terrible.

Clamence rememora para su oyente una parte significativa de la historia de su vida. El éxito profesional, las mujeres el dinero y la buena reputación parecían satisfacerlo. Hasta que un noche, en un puente en París, ve a una muchacha que se tira al río. No hace nada por ayudarla y descubre así la culpa y el mal que anida en su propio corazón. Esta experiencia, como el mismo declara, lo lleva a abandonar la vida que llevaba, torturado por una culpa que lo perseguía y buscar algún modo de redimirla, alguien que se acueste en el suelo por

---

[12] Clamence no sólo denuncia la hipocresía y la negligencia de los cristianos que reproducen discursos irreflexivamente con tal de no vacilar en las verdades aprendidas sino también a los intelectuales que se esandalizan de Dios. El protagonista dice conocer a muchos que son fervorosamente creyentes pero no se atreven a manifestarlo en público por temor a la opinión de la mayoría (132-133)

[13] Esto puede remitirnos a las palabras de Pablo en Col 2, 14.

él. En un determinado momento, en un campo de detención en África, Clamence ha hecho el intento de ser él mismo quien redimiera el dolor de los demás, de ser un "nuevo Papa" (es decir, una nueva imagen de Cristo en el mundo), "un Papa que viviera entre los desdichados, en lugar de rezar en un trono" (124). Sus compañeros de detención esperaban que él asumiera "la comunidad de nuestros sufrimientos" (125). Pero ésta no es tarea fácil y Clamence finalmente falla. Invierte el sentido de la sustitución vicaria: en lugar de morir para que otros vivan, él vivirá a costa de la muerte de uno de sus compañeros:

> Me bebí el agua… Porque me persuadí de que los otros tenían necesidad de mí más necesidad de mí que de quien de todas maneras iba a morirse y de que debía conservarme para ellos. Es así querido amigo, bajo el cielo de la muerte, como nacen los imperios y las iglesias (126)

Lo que traiciona a Clamence (y algo similar podría pensarse que sucede en el drama de Camus *Los justos* con Janek[14]) es su falta de humildad: "Sería menester no ser ya nadie, olvidarse de sí mismo, por lo menos una vez. Pero, ¿cómo es posible eso? (142).

Ningún hombre puede olvidarse de sí mismo hasta el punto de redimir al resto. Pero, como afirma el mismo Clamence, esto ya ha sucedido "todo de un golpe" en Cristo. En Él la entrega no es fruto del orgullo sino de la humildad y el amor. Aunque la novela oscila, casi diríamos juega, negando y afirmando la divinidad de Cristo, es innegable para el narrador que "la gente procuró ayudarse un poco con su muerte" (113). La muerte de Cristo abrió un nuevo espacio. Hay un nuevo modo de amar a los otros: **como** Cristo los amó. Que esta posibilidad haya sido asumida hace miles de años por un hombre (o un Dios) con absoluta humildad es, aún hoy, una Buena Noticia que llega al mundo, la esperanza de una fraternidad posible en la comunidad de sufrientes. Al final de la novela, las palomas que han sido mencionadas repetidamente (y que podemos considerar, en esta novela, como un símbolo cristiano), descienden sobre la ciudad:

> Por fin se deciden a bajar esas queridas amigas; cubren las aguas y los techos con una espesa capa de plumas, palpitan en todas las ventanas. Esperemos que traigan la buena nueva. Todo el mundo se salvará, ¿eh? No solamente los elegidos; se compartirán las riquezas y las penas, y usted, por ejemplo, desde hoy se acostará todas las noches en el suelo por mí (143).

A modo de conclusión: cuando la literatura hace teología.

Borges ha señalado, en distintos lugares, que Cristo cuando se expresa no usa un lenguaje conceptual sino uno metafórico, poético. Dios cuando habla no sólo manifiesta la

[14] "Lo sé, dijo Dora. Hemos echado sobre nosotros la desgracia del mundo. También él la había echado sobre sí ¡Que valor! Pero algunas veces pienso que es un orgullo que será castigado"

verdad sino también la belleza. No parece nada aventurado entonces afirmar que la literatura puede ser un lenguaje para hablar de Dios al siglo XXI. Pero es importante no entender esto en un sentido exclusivamente didáctico-pastoral.

Los que apostamos a la literatura como una forma de conocimiento del mundo entendemos que la belleza no es solo un modo de hacer que temas complejos y abstrusos (como en nuestro caso, la sustitución vicaria) resulten "más digeribles"[15]. La verdadera literatura no es un ejemplo o ilustración de una idea previa: Camus no nos explica la sustitución vicaria en sus novelas. Del mismo modo, ni la sustitución vicaria ni cualquier otro concepto teológico nos "explica" una novela. Nos distanciamos aquí de propuestas como la de Moeller donde la perspectiva cristiana funcionaría como una "respuesta" o una "iluminación desde arriba" con respecto a lo planteado en los textos literarios[16].

Se trata de una suerte de mutua iluminación que preferimos llamar, simplemente, diálogo. Los textos pueden profundizar o problematizar nuestro modo de entender la sustitución vicaria así como ésta puede ayudarnos a ver desde otra perspectiva la obra de Camus.

El tema merecería sin duda un desarrollo más exhaustivo que el que podemos proporcionar aquí. Pero esperamos haber mostrado que un personaje como Rieux o el particular monólogo dialógico de Clamence son un modo de hablar de Dios, un modo de poner en crisis cierta imagen de Dios y proponer otra. Creemos que la concepción de un Salvador que se identifica primero humildemente con el dolor humano para, desde esa misma humanidad, comenzar la redención, ilumina y se ilumina en la obra de Camus. En un sentido amplio, nos atrevemos a afirmar que a través de su literatura, sin conceptos ni categorías técnicas, Camus hace teología, en el más amplio y bello sentido de la palabra: habla sobre Dios.

Lucas Martín Adur. Septiembre de 2007.

---

[15] Nos estamos refiriendo aquí al tópico clásico de la "amarga medicina" que debía ser envuelta en algo que disimulara su sabor. Así, por ejemplo, bajo el "bello ropaje" de un relato se expresaba un concepto formado previamente, de modo que pudiera ser más fácilmente entendido y aceptado por todos.

[16] "Esta respuesta cristiana debe ser una prolongación de la problemática camusiana y, al mismo tiempo, iluminarla desde arriba", Moeller 103

Bibliografía utilizada

- **Barthes, Roland** "El extranjero, novela solar" en *Variaciones sobre la literatura*, Barcelona, Paidós.
- **Blanchot (1977)** "La novela *L´Etranger* en *Falsos pasos,* Valencia, Pre-textos.
- **Camus, Albert (1966),** *El extranjero,* Buenos Aires, Emecé.
- **Camus, Albert (1982)** *Théâtre Récits et Nouvelles I.*, Paris, Gallimard
- **Camus, Albert (2003)** *La Peste*, Buenos Aires, Sudamericana.
- **Camus, Albert (2005)** *La caída,* Buenos Aires, Losada.
- **Moeller, Charles (1966)** *Literatura del siglo XX y cristianismo I. El silencio de Dios*, Madrid, Gredos.
- **Navarro, Ignacio J. (2003)** "Albert Camus: el problema de la Santidad en *La peste.*" en Cecilia Avenatti de Palumbo y Hugo Rodolfo Safa (editores), *Letra y Espíritu. Diálogo entre literatura y teología*, Buenos Aires, Universidad de Teología
- **Navarro, Ignacio (en proceso de edición)** *Últimas Inquisiciones*
- **O´Brien, J. (1973)** *Camus,* Barcelona, Grijalbo.
- **Vargas Llosa, Mario (1992)** "El extranjero debe morir" en *La verdad de las mentiras. Ensayos sobre literatura,* Barcelona, Seix Barral.